

CAPÍTULO XXXI

El general Jicotencatl se presenta al senado.—Resolucion de éste respecto de los españoles.—Llega al campamento de Cortés una embajada enviada por Moctezuma, felicitándole por sus triunfos.—Moctezuma ofrece dar anualmente un rico tributo al rey de España, pero pide á Cortés que no llegue á la capital.—Llega al campamento español una embajada tlaxcalteca enviada por el senado, ofreciendo la paz.—El general Jicotencatl se presenta á Cortés como embajador.

La desobediencia del jóven Jicotencatl á la órden enviada por el gobierno, disgustó altamente al senado.

La noticia del mal resultado de su último amago de ataque, aumentó el enojo de los gobernantes.

Irritados por su inobediencia, aunque disculpándola interiormente porque reconocia el noble origen del patriotismo, le exigieron que dejase toda actitud hostil y

acatase las disposiciones de los que estaban al frente de los destinos de la república.

Jicotencatl habia quedado convencido, en la última noche, de que todo esfuerzo seria inútil, puesto que sus guerreros se hallaban dominados por la superstición, y se manifestó dispuesto á obedecer la orden suprema.

Su primera disposición, en virtud de las instrucciones que se le habian comunicado, fué despedir á los caciques con sus numerosos escuadrones para sus casas. Disuelto así el ejército, se dirigió, con los guerreros que le pertenecian, á Tlaxcala, presentándose en seguida al senado para dar cuenta de la causa que habia motivado su desobediencia.

El senado le reprendió su falta; pero le manifestó, al mismo tiempo, que estaba satisfecho del noble ardimiento que habia manifestado en los combates.

Resuelta la paz, el gobierno creyó que el mejor mediador de ella, seria el mismo general que con infatigable constancia habia hecho la guerra. Jicotencatl fué, en consecuencia, nombrado embajador para celebrar con Cortés el término de la lucha.

Entretanto que el senado de Tlaxcala disponia la embajada, los soldados españoles, temiendo nuevos combates, se preparaban para ellos. Aunque enfermos y cubiertos de heridas, se ocupaban en componer sus arcabuces, en hacer saetas y en tener corrientes las ballestas. Nadie sabia el fin que le esperaba, pero todos se hallaban resueltos á morir con honor. Hernan Cortés, sobreponiéndose á las terribles calenturas que le aquejaban, inspeccionaba cuanto pertenecia á la milicia, y se manifestaba afable y sere-

no. Ni una sola palabra de disgusto se oia en el campamento. Los que se habian manifestado deseosos de volver á Cuba, se hallaban entonces resueltos, como todos, á obsequiar el pensamiento del caudillo que les mandaba. El jefe español habia conseguido hacerse amar de sus subordinados. Jamás general ninguno ejerció influencia igual en sus soldados, ni «nunca, dice el bravo Bernal Diaz, fué capitán ninguno tan obedecido en el mundo», puesto que «siempre le siguieron muy bien y lealmente».

Cuando mas preocupado se hallaba el fatigado ejército castellano con el pensamiento de la difícil empresa acometida y de la casi imposibilidad de llegar á Méjico, se anunció la llegada de unos embajadores enviados por Moctezuma, con ricos presentes para Hernan Cortés.

La noticia llenó de regocijo á todo el campamento. Lo inesperado de ella la hacia aparecer como inverosímil. No parecia lógico que el poderoso monarca que se habia manifestado desde un principio opuesto á que se internasen en el país los osados extranjeros, les enviase regalos que revelaban deseo de paz y de amistad, cuando se hallaban menguados en número, heridos, y en el corazón de una república guerrera que presentaba en los combates numerosos batallones. Y sin embargo, nada era mas cierto. Moctezuma, al saber que el ejército español en vez de dirigirse por Cholula hácia su capital, habia penetrado en Tlaxcala y que la república se manifestaba hostil á su paso, sintió un placer indescriptible. Conocia bien el valor de los tlaxcaltecas, y se lisonjeó de que sus desfiladeros y campiñas serian el sepulcro de los españoles. Interesado en que sus mas irreconciliables enemigos le librasen del que se pre-

sentaba insurreccionando las provincias de su dominio, y esperando el exterminio del segundo con la debilitacion de la fuerza de los primeros, dió orden á sus comandantes de las guarniciones mejicanas de la frontera, de que le comunicasen las ocurrencias de la campaña. Las noticias se le comunicaban inmediatamente, y los descalabros sufridos por los tlaxcaltecas le llenaron de profunda pena. Ya no solamente temia la visita de los españoles, sino que, confederados con la república vecina, le derribasen del trono. Sobresaltado con la funesta idea que se habia apoderado de su imaginacion, conferenció con el rey de Texcoco y otros nobles señores, respecto de la actitud que seria conveniente guardar con los poderosos extranjeros. El monarca texcocano, consecuente con la opinion que habia emitido cuando se trató del mismo punto por la primera vez, dijo que, en su concepto, se les debia recibir espléndidamente por las poblaciones que pasasen, hacerles en la corte una recepcion digna del imperio, y escucharles benignamente para saber la mision que llevaban, como se escuchaba á los embajadores de los demás reinos y señoríos. «Si las proposiciones son admisibles, añadió, se habrá ganado un amigo. Si incompatibles con el decoro de la nacion, entonces se desecharán con energía, porque la justicia estará de nuestro lado». El señor de Ixtapalapan, que era uno de los importantes personajes que habian asistido á la junta, opinó que no era conveniente recibir en la corte á los extranjeros, ni tampoco ofenderles con una negativa absoluta. Propuso, como medio conciliador, que se enviase al jefe español un excelente regalo; se le dijese que manifestase el presente que anhelaba llevar á su mo-

narca, para entregárselo inmediatamente; se le protestase amistad sincera, y se le diese un pretexto noble, indicándole una profunda pena por no poderle recibir.

Las opiniones se dividieron entre el parecer del uno y del otro magnate. Moctezuma, irresoluto siempre y partidario de los términos medios, acogió el parecer del señor de Ixtapalapan. Esa política vaga, observada desde un principio con los españoles, le condujo de desacierto en desacierto. Su falta de resolucion le privó de un poderoso aliado que podia haberle prestado un formidable apoyo. Habia logrado, como he dicho en otra parte de esta obra, la alianza del rey de Michoacan, su irreconciliable enemigo antes. Le habia prometido el monarca tarasco auxiliarle con sus ejércitos cuando se manifestó resuelto á obligar á Cortés á reembarcarse; pero las retiró al tener noticia de los triunfos de los españoles sobre los tlaxcaltecas, y notar la política débil del monarca mejicano. Habia consentido en aliarse á él para presentarse como favorecedor del que se habia juzgado superior á todos, pero no por simpatía. Por el contrario: el odio entre las dos naciones era cada dia mas profundo. La conducta débil de Moctezuma le dió á Caltzontzi un pretexto para deshacer la alianza.

Cerca de doscientos mil combatientes, de sus mas escogidos vasallos, habia situado en los llanos llamados actualmente de Avalos, y á todos ordenó que volviesen á sus hogares. Acaso se alegró de tener un pretexto para excusar la observancia de lo pactado, pues así podria ver destruido el poder de sus antiguos y constantes contrarios. Moctezuma, como se ve, se hallaba en aquellos instantes sin el auxilio del ejército tarasco. Tampoco con-

taba con el apoyo de la nacion acolhua, dividida entonces entre sus dos sobrinos el rey Cacamatzin y el príncipe Ixtlilxochitl. Cierta es que el primero era el legítimo rey de Texcoco y aliado leal y constante suyo; pero en cambio Ixtlilxochitl se habia declarado su irreconciliable enemigo, y se hallaba con un poderoso ejército en Otompan, anhelando confederarse con los españoles para derribar el trono de Méjico.

Moctezuma creyó que, alejando con regalos y promesas á Hernan Cortés, lograria conjurar la tempestad que rugia sobre su cabeza.

Los mensajeros mejicanos se presentaron al general español con el aparato de grandeza que correspondia á los representantes del poderoso monarca azteca. Eran cinco personajes de la primera nobleza, acompañados de mas de doscientos indios de carga que conducian un rico presente. Despues de felicitar á Hernan Cortés en nombre de Moctezuma por las brillantes victorias alcanzadas contra los tlaxcaltecas, hicieron tender el presente de que eran portadores, manifestando que lo admitiese como prueba del vivo afecto que hacía los valientes extranjeros sentia su monarca.

Consistia el regalo en ricas joyas de oro y piedras artísticamente labradas, cuyo valor ascendia á mil pesos de oro; en hermosas manufacturas hechas de pluma, y en veinte cargas de telas de algodón primorosamente tejidas. El jefe castellano les recibió con las atentas distinciones correspondientes al carácter que representaban, y les manifestó que quedaba profundamente reconocido á la deferencia del magnánimo soberano azteca. Los em-

bajadores agregaron que el presente no era mas que una ligera muestra del aprecio sin límites del que lo enviaba, hacía los hombres blancos; aprecio que seguiria manifestándolo enviando cada año, en señal de tributo al monarca de España, otros ricos regalos, si en cambio omitian los expedicionarios su visita á la capital. Para dar á esta resistencia de recibirles en la corte un colorido lisonjero, manifestaron el mal estado de los caminos, lo fragoso de las montañas por donde era preciso cruzar, la esterilidad del país por los puntos que conducian á la corte y lo riguroso de la estacion.

Las razones expuestas por los embajadores, pretendiendo disuadir á Hernan Cortés á que abandonase su proyecto de continuar su marcha á la capital, no hicieron mas que avivar el deseo que el caudillo español habia tenido de realizar el pensamiento que siempre habia acariciado. La vista del rico presente y la resistencia de Moctezuma á que le visitase en su corte, le revelaron dos cosas importantes: la abundancia de ricos metales en el país y la debilidad del hombre encargado de cuidarlos.

Era imposible que con la profunda conviccion que le prestaban los dos datos precedentes, presentándole en contraste la grandeza de la tierra con la pequeñez del que la regía, renunciase Cortés á la idea de marchar á la capital, aun cuando hubiera visto realmente ante sus ojos obstáculos de poderosa magnitud.

El político y diestro caudillo español, á la vez que manifestó á los embajadores su aprecio y consideracion hacía Moctezuma, les hizo ver la imprescindible obligacion en que, como leal súbdito, se hallaba en obsequiar las termi-